

COMENTARIOS

UNA NUEVA FEDERACION

De atenernos a las informaciones de la prensa, un grupo de jovencitos acaba de organizar una nueva Federación de Estudiantes.

No emitiremos por ahora ningún juicio sobre este laborioso parto estudiantil, faltos como estamos de antecedentes para saber qué principios e ideales orientarán a la nueva institución. Desconocemos también la opinión que les merece al resto de los universitarios, cuyo parecer no sabemos que se haya tratado de tomar en consideración.

Nos ha llamado sí la atención que en el primer manifiesto que han dado a conocer, — sin ningún objeto y fuera de toda oportunidad, — se haya condenado la obra realizada por la Federación de Estudiantes de Chile, agregando que la causa de su desaparecimiento fué originada por el gran desprestigio que había caído sobre ella.

¿Se habrá adoptado este temperamento para congraciarse con los eternos enemigos — clericales, gobiernistas y reaccionarios — que siempre persiguieron y combatieron a la Federación?

EL FALSO LIBERALISMO DE LA ALIANZA

La primera escaramuza doctrinaria realizada por la Alianza en la Cámara de Diputados, y que tenía por objeto apresurar la discusión de un proyecto relacionado con el divorcio, ha sido un fracaso completo para esta combinación política, que se precia de representar el pensamiento liberal del país.

Diputados radicales, liberales y demócratas, que en los agitados días de las elecciones de Marzo último se presentaron ante el electorado con un programa de marcado anticlericalismo, en amable consorcio con los parlamentarios conservadores y otros emisarios de la curia, se opusieron a una medida tan inofensiva y simple, que existe hasta en los países más atrasados, y que en ningún caso constituye un peligro contra el admirable orden social que disfrutamos.

Ha pasado con esto lo mismo que con la bullada separación de la Iglesia y el Estado, lo que sin duda alguna ocurrirá con la confiscación de los bienes de las congregaciones religiosas y otras viejas monsergas que tanto entusiasman a los crédulos y cándidos provincianos.

Es en efecto una inocentada suponer que la flamante Alianza Liberal quiere seriamente dar solución a estos problemas de índole religiosa.

Amalgama incoherente de voraces montoneras políticas, agrupación de hombres sin rai-gambre espiritual afín, carentes de principios de firme y elevado liberalismo, autoritarios, tradicionalistas, creyentes en Dios y en la infabilidad del Papa, ¿quién que no sea un bobo podrá honradamente creer que de verdad se interesan por impedir el crecimiento avasallador de la Iglesia, y la intromisión nefasta de sus ministros en la vida ciudadana?

¿No hemos visto que el mantenimiento de los servicios religiosos del Ejército ha contado en todo momento con el apoyo de los diputados radicales?

¿Cuándo los elementos de la Alianza Liberal han intentado, por lo menos, romper las relaciones diplomáticas que se mantienen con el Vaticano? ¿No sabemos que son los aliancistas los que defienden la alta cuota asignada al presupuesto del culto?

Todos saben que ministros de la Guerra de dicha combinación, han autorizado la concurrencia de los bárbaros de uniforme a las procesiones y otras mascaradas y pantomimas clericales.

No; todo esto no es sino un engaño torpe y una comedia burda.

No hay nadie en la Alianza Liberal que tenga el propósito de arremeter contra los privilegios de la Iglesia, porque, como la totalidad de sus miembros pertenece a la aristocracia y a la burguesía, necesitan del fraile para que predique el orden, la sumisión y el servilismo entre los sufridos jornaleros y explotados campesinos.

Es necesario que la masa popular se desengañe de estos seudos reformadores, que en nada se diferencian de los más atrasados reaccionarios, y sepa que sólo exhiben banderas de liberalismo con fines personalistas y para engatuzar a la opinión.

UN MINISTRO DESGRACIADO

Ya que de asuntos políticos se trata, debemos anotar lo ocurrido entre el profesorado primario y el actual Ministro de Instrucción Pública.

Este señor no ha sido menos desgraciado en el desempeño de su cargo que aquel otro Ministro radical que hace tiempo habló de solucionar a palos la cuestión social. Decididamente, los ministros del radicalismo parecen perseguidos por una secreta e invencible jettatura.

Con motivo de habérselo preguntado qué opinaba respecto de un acuerdo tomado por la Asociación de Profesores, por el cual se protestaba del retardo con que el Gobierno les cancelaba sus sueldos, se expresó en términos tan descomedidos y despectivos — el respeto que debemos a nuestros lectores nos impide reproducirlos — que más parecían propios de un portero de casa grande que de todo un personaje llamado a dirigir la instrucción pública.

Sin embargo, dicho caballero — y cabe recordarlo para que en todo su valer se aprecie la sinceridad de los políticos — el año anterior, cuando buscaba votos y popularidad para ser elegido senador, había halagado en forma tal al

profesorado y a la juventud, que en más de un local estudiantil se exhibió su retrato en prueba de afecto y gregaria admiración.

El profesorado primario supo esta vez responder con decoro a tales impertinencias, y efectuó un mitin, cuyas conclusiones, pisoteando arcaicas reglas de respeto y convencionalismo, no fueron entregadas ni al Gobierno ni a las autoridades educacionales.

A este comicio asistieron la mayoría de las organizaciones obreras y en él no se permitió la intromisión de ningún político, habiéndosele indicado cortesmente la puerta a un demócrata que quiso hablar sobre las excelencias del vino y las virtudes de la democracia.

Todo esto nos parece bien y cuenta con nuestras mayores simpatías, porque claramente demuestra que día a día se va ahondando el divorcio existente entre el Gobierno y los políticos, por una parte, y el profesorado, por otra.

No hay que olvidar que en las manos de estos compañeros se encuentra el porvenir de los niños, y que si saben dar a sus actividades un sello de completa liberalidad, poco a poco se irán carcomiendo los principios de Orden, Patria, Autoridad, etc., tan queridos del conservantismo y que son la base en que descansa el Estado moderno.

INACCION SINDICAL

Demasiado opaca es la vida que hoy arrastran las organizaciones obreras.

Por ninguna parte vemos que se haga el menor esfuerzo para salir de una postración que tanta semejanza tiene con una muerte definitiva.

Los múltiples problemas que directamente atañen a la clase obrera, parecen no ser de importancia para los organismos que encierran y dirigen el movimiento sindical de esta tierra.

Nadie ignora que las condiciones de vida, de suyo pesadas y miserables en el régimen capitalista, se están haciendo cada vez más y más insostenibles.

CONTRA LOS FARISEOS

Hay que reaccionar alguna vez contra la mentira social que nos sofoca como una marca pestilente; gritar, aunque sólo valga como desahogo, contra la estupidez irremediable o la maldad solapada de los que dirigen el Estado; mostrar en cueros, con palabras ásperas, calientes de sinceridad, la miseria espiritual, la pequeñez lastimosa de la sociedad chilena. Las clases sociales, — ¡qué todavía tengamos que hablar de clases sociales! — fraternizan en el vicio, en la abulia, en la decrepitud moral. Nos dicen que esto fué siempre así, que hay que transigir con las costumbres y los usos tradicionales; que esta veneración al pacto de hipocresía constituye la fuerza de la estabilidad social; que si la verdad y la ruda franqueza dominaran en las relaciones humanas la vida sería una guerra demasiado cruel. — Acaso esto sea cierto; pero hay que ser fuertes de una vez por todas; destruir lo podrido, lo viejo, lo que asfixia el espíritu; renovar, en lo posible, la salud del mundo, la belleza de la vida libre. Para esto empiece cada cual por renovarse a sí mismo, por renunciar a la apocada conformidad de la paz, por arrojar sobre la placidez de los otros, palabras ardientes, burdas, tal vez, pero noblemente apasionadas, llenas de veracidad y justiciera violencia.

Que eso es lo que nos falta: pasión, y más pasión. Ser fanáticos de algo es la única manera de ser algo, el comienzo de la verdadera libertad. Seamos fanáticos de nosotros mismos y de nuestra libertad. Hay que asustar el aprisco democrático, levantar el polvo de los combates saludables. La lanza de Don Quijote se llena de herrumbre en los rincones de cada ser. Y es necesario echarse por los caminos, para afirmar la fé naciente del hombre en el hombre. Lo demás es resignación de bestias, calma delicuescente y lacrimosa de versaineros y pederastas. Desde luego, nos declaramos antisociales, contrarios a ésta y a toda forma de sociedad fundada sobre la iniquidad, el privilegio, la sumisión arbitraria del individuo al juego de intereses extraños y al poder de normas arraigadas en el pasado medioeval. La vida en la sociedad actual se diferencia poco de la un establo. ¿Cómo podrían contemplarse, sin indignación, estas genealogías roídas por la credulidad religiosa, abrumadas por mitos de toda índole, acostumbradas a mirar la vida a través de los siete velos del prejuicio, con timidez y con humildad de siervos de la vida?

En verdad, el progreso no es más que una esperanza. Se han inventado diversas palabras brillantes para disfrazar los apetitos indestructibles. En el fondo, el instinto continúa reiman-do; pero es ahora, gracias a tantos siglos de historia y de cultura, un rey achacos, sin ímpetus creadores, desprovisto de la hermosa y fecunda inocencia de su edad matinal. Durante veinte siglos se ha tratado de destruir los instintos. ¿Y qué que han conseguido en veinte siglos, la ley, la religión, la cultura? Torcer el cauce sano de los instintos, fomentar la decadencia humana, calumniar la naturaleza, organizar una vida social sobre símbolos y pilares de artificio y no sobre la profunda realidad de los hechos y de los seres. Y hemos llegado al estado actual: bancarrota de todos los valores verdaderamente nobles; estupefacción

El ansia de lucro y ganancia rápida, ha hecho que los detentores del poder y la fortuna, recurran a cuanto medio pueda darles en breve tiempo el dinero apetecido para satisfacer sus goces y placeres fáciles.

Y alzan los alquileres, aumentan los precios de los artículos alimenticios, encarecen el vestuario. Y para colmar la medida, el Gobierno, por medio del impuesto a la renta, absorbe los últimos centavos que todas las gabelas anteriormente nombradas pueden dejar en el bolsillo del pobre trabajador.

Las huelgas que determinados gremios se ven en la necesidad de declarar para obtener pequeños aumentos de jornal, y trato más humano de parte de patrones y capataces, se pierden en la mayoría de las veces por falta de cooperación y ayuda oportunas.

¿Qué hacen mientras tanto las instituciones sindicales que tienen por única razón de ser, el preocuparse del mejoramiento económico de los asalariados y de cultivar el espíritu de solidaridad?

Hasta aquí no conocemos ni siquiera un intento de modificar rumbos o de emprender alguna campaña encaminada a poner atajo a este malestar siempre creciente.

Todo continúa desarrollándose como si el sindicalismo que otrora tuviera una actuación preponderante en los diversos órdenes de la actividad pública, fuera una masa inerte, falta de energías y vitalidad.

Ignoramos qué es lo que induce a los cuerpos directivos de las federaciones a esta calma y pasividad verdaderamente suicida.

Quisiéramos creer que esta inactividad se debe a que están proyectando algún movimiento que nos depare agradables sorpresas, antes que aceptar que la incompreensión y ceguera de los dirigentes es lo que motiva este decaimiento en la lucha sindical.

QUILONIDES.

recimiento de bajezas, de iniquidades y de sofismas. El Hombre se empequeñece y debilita cada vez más; no importa, pues la Ley Social no sufre menoscabo. Grecia no nos asiste con su alegre, y serena gracia, ni Roma con su fuerza constructiva; en cambio, los hijos de Sodoma se sientan en el Parlamento, pontifican en la alta prensa, medran en la Literatura, y abren cátedras de moral y de piedad en los púlpitos católicos.

A nuestro alrededor la farsa es interminable. La hoja de servicios de los políticos se llena de claudicaciones, de peculados, de pequeñas infamias, y el populacho los aplaude, y se apretuja detrás de los cordones policiales para verlos pasar; los vicarios de Cristo, después de revolcarse en el lecho de todas las concupiscencias, dan un alerta asombrado ante las leyes propuestas sobre el matrimonio; las mujeres para quienes el goce — natural o aberrante — es el pan de cada noche, se cubren el rostro en una grotesca simulación del pudor, cuando oyen hablar del amor sin los tapujos cristianos de las beatas y de los impotentes; los literatos y los artistas se miran con recelo de cortesanas — cortesanas del público son al fin de cuentas — y se muerden haciendo cabriolas retóricas desde las columnas de la prensa seria. Y así todo, y todos, ¿cómo va a ser agradable vivir entre tanto cerdo, entre tanto pollino, entre tanto... simulacro bastardo de humanidad? Razón tenía aquel que dijo: "Y más de uno de los que se apartaron de la vida no se apartó sino de la canalla; no quería partir con la canalla el agua, la llama y el fruto". Y la canalla se llama: vosotros.

Es preciso reaccionar, es urgente. Alguna vez hay que terminar con las contemplaciones, las concesiones al ambiente, y lo que llaman los disididos del carácter, buenas formas. A las conciencias endurecidas por la hipocresía hay que llamar con los pies. Digamos nuestra palabra de verdad y sigamos adelante, sin mirar lo que se produce atrás. Dar a cada cosa el nombre que le pertenece, quemar el decorado de la tragi-comedia cotidiana, ser al fin, la aterradora magnificencia de la verdad; he aquí lo que corresponde a los hombres, a los jóvenes sobre todo. Y después, derribar los muros que aprisionan y sofocan la libertad, reivindicar la pureza del instinto, hacerse a martillazos, con angustia, una nueva conciencia capaz de respirar en la atmósfera de la vida plena. Pero para eso hay que combatir, arañarse las manos, dejar pedazos de alma en las fauces negativas de los necios, de los malvados y de los que el mundo llama buenos guardadores del orden. Es la única manera de librarse de uno mismo y de la repugnancia que produce el espectáculo del presente. ¡Ah! cómo dan ganas de insultar, con rabia y con asco al mismo tiempo, a los bufones de la moral, a los foragidos de la política, a los mentecatos de todo orden que ensucian los más puros caminos! Y a las mujeres — dulces hijas de familia, opulentas matronas de sangre patricia o fregonas sin destino — que bien les sienta ahora, la palabra de cuatro letras que Cervantes prodiga en su obra inmortal!